

EL RITO DE LOS SENTIDOS

El vino se desliza por el cristal de la copa y lo observo fijándome en los reflejos de color; morados en unos casos, anaranjados en otros. El sentido de la vista me sumerge en el rito. Dejo de servir pronto para que en la copa no haya demasiado vino y poder jugar a ser catador, algo que las cualidades de mi paladar no me permiten, pero... ¿Qué sabe nadie? Busco los aromas, que al igual que los de un perfume son agradables, al menos para mí.

Acerco mi sentido del olfato a la copa y percibo en primer lugar el alcohol, no es el mejor de los aromas para mi gusto pero forma parte del rito y me ayuda a apreciar sensaciones posteriores. Hago girar el vino en la copa, se supone que libera el alcohol evaporándolo levemente, liberando el aroma de la fruta. He descubierto que es cierto, y realizar el rito completo me ayuda a diferenciar los aromas y a percibir el punto afrutado que el vino toma una vez que se mueve. Sorpresa para mi atrofiado sentido del olfato.

Bebo el primer sorbo, pequeño pero suficiente, y dejo que el vino impregne mi boca para que permanezca en ella cuando lo acompañe de algo sólido. Acompañar el vino con comida hace que las sensaciones se amplíen y el rito vaya creciendo. Es el momento del sentido del gusto. Dejo que el sabor de lo que como se combine con mi paladar impregnado de vino y a veces esa unión genera sabores únicos; y cuando mi paladar es capaz de apreciarlos es un momento que las palabras no pueden contar. Lo defino como el bocado perfecto.

El sentido del oído se convierte en algo imprescindible, porque soy incapaz de disfrutar estas sensaciones en soledad. La palabra se abre paso y se intercambia generando una conversación interesante, divertida o emocional; en un viaje que pasa de una sensación a otra. De observar imágenes agradables, a percibir nuevos aromas, nuevos sabores, nuevas conversaciones. El rito fluye entorno a una copa de vino y las sensaciones que genera, de las que me impregno.

Aunque solo en ocasiones muy especiales el rito es completo, cuando entra en juego el sentido del tacto, con la persona elegida, en el momento apropiado, en el lugar indicado, y entonces descubro que existe el cielo y lo alcanzo, lo veo, lo huelo, lo saboreo, lo escucho y lo toco con mis dedos.